

# Black Power: el color de la ira

En Montgomery, Alabama, en 1955, comenzó la Revuelta Negra. Cuentan que la Sra. Parks, una vendedora que volvía a casa tras una jornada especialmente dura, se sentó, agotada, en la parte del autobús reservada a la gente de color. Ella era negra. El autobús no tardó en llenarse y un hombre blanco se le acercó. Con una amable sonrisa y la tranquilidad de saberse en su derecho natural—los negros deben dejar sus asientos a los blancos a medida que se llena el autobús—, le pidió que le dejara su puesto. La Sra. Parks se negó—imagine 200 años de cruel segregación, de silenciosa sumisión, de furia contenida caer sobre esta mujer de pies hinchados, 200 años de traición que comenzaron con la instauración de la primera república democrática del mundo, los Estados Unidos de América, la primera república esclavista—. Tumulto, consternación, policía. La vendedora negra acabará sentándose tras las rejas. Unos días después se inició el boicot a los autobuses segregacionistas impulsado por asociaciones negras locales. El reverendo Martin Luther King se puso a la cabeza del primer movimiento que movilizó masiva y activamente a los negros norteamericanos en favor de sus derechos—eso sí, siempre en el marco de la integración—. El éxito obtenido parece a primera vista importante: el Tribunal Supremo declaró ilegal la segregación en los transportes, y luego en los restaurantes. En 1960 se aprobaría otra serie de medidas políticas contrarias a la discriminación racial.

1963. El presidente Kennedy hace un llamamiento por televisión en favor de

la igualdad. El discurso no se oye bien, los disparos que acabaron con la vida de Medgars Evers, dirigente negro asesinado ese mismo día, impiden una buena audición. Tampoco ayudan los gritos del nuevo gobernador de Alabama, George Wallace, al tomar posesión del cargo: "Segregación hoy, segregación mañana, segregación siempre"; ni los de los 5 niños negros que mueren quemados en una iglesia incendiada por el Klu Klux Klan, en Misisipi.

El movimiento pro derechos civiles llegó a su apogeo en 1963, con la Marcha sobre Washington, aquella del famoso discurso de King, "Yo tengo un sueño". Sin embargo, será otra ideología la que tomará fuerza en los 60. Una ideología para la que King y los suyos efectivamente estaban dormidos, porque los negros norteamericanos no tenían por qué integrarse a una nación, los negros ERAN una nación.

## Blancos demonios

El primer movimiento nacionalista negro de los 60 fue la Nación del Islam. Su origen se remonta a los primeros años del siglo, pero no es hasta esa década que consigue fuerza y apoyo popular, con Elijah Mahoma primero y Malcolm X después. Ellos dieron al negro norteamericano un nuevo origen—el retornoislamismo frente al desgastado retornoafricanismo— en el que reconocerse y por el que luchar.

Yakub, dios de la Nación Negra que habitaba los alrededores de La Meca, creó un pueblo después de 600 años de experimentación genética: los hombres blancos. Éstos sembraron tal terror entre las



por Roberto Palet



No tenían porqué integrarse  
a una nación, los negros  
ERAN una nación

John Carlos y Tommie Smith recorrieron el camino entre los camerinos y el podio con la solemnidad que la ocasión requería. Sabían que lo que estaban a punto de hacer quedaría grabado en la mente y el corazón de miles de espectadores y millones de telespectadores de todo el mundo, que seguían los Juegos Olímpicos de 1968, los de México.

Les colgaron las medallas, el glorioso himno norteamericano comenzó a sonar mientras las cin-

cuenta estrellas se izaban en el mástil de la victoria. Fue entonces cuando lo que todos veían venir ocurrió. Se descalzaron, pusieron sus negros guantes en sus negras manos, bajaron su mirada al césped y, más cerrados que nunca, levantaron sus puños.

Sacrilegio. Fueron expulsados de la villa olímpica, despojados de sus medallas y enviados a sus casas con prisa y por la puerta trasera. No sin antes dejar esa admirable y terrible ima-

gen del poder negro imiscuyéndose, manchando la sagrada asepsia olímpica, y el eco de sus palabras retumbando en nuestras orejas: "Los blancos nos admiten cuando tocamos jazz o batimos récords de atletismo. Pero, para ellos, los negros son animales de circo bien adiestrados... ¿Por qué habríamos de mirar alzarse la bandera de un país donde nuestros derechos cívicos ni siquiera están reconocidos? No somos animales sin cerebro."

tribus negras que el rey decidió expulsarlos del Paraíso. Moisés —que una vez hizo volar a 300 con dinamita—, Jesús y Mahoma fueron enviados para intentar civilizarlos, con vanos resultados. Pero no había que preocuparse, los demonios blancos fueron creados para ser enemigos de la humanidad durante 6000 años, y ese período expiró en 1914, por tanto la hora de su eliminación se acercaba. Todo esto le fue revelado a Elijah Mahoma por W. D. Fard, su mentor, allá por los años 30. Una rocambolesca mitología que contiene en su seno una mezcla explosiva, potentísima: daba a los negros un origen, una nación y un destino glorioso, mientras hacía descender a los infiernos a los amos blancos. Sin embargo, en ella está también la razón por la que esa bomba nunca estalló: si Alá había decretado la destrucción de la raza blanca, bien podía uno esperar sentado en el sillón a que el telediario transmitiera la bajada de los negros ángeles vengadores.

Aun así, los Musulmanes Negros aportaron una nueva fuerza a la revuelta, transmitiendo a sus hermanos el orgullo racial y una nueva visión de la lucha: el recurso a la violencia como mecanismo de autodefensa.

1965. Graves disturbios en el barrio

negro de Watts en Los Ángeles, 35 muertos, 900 heridos, 400 edificios en llamas. La violencia desatada se repetirá todos los veranos hasta 1967 en los guetos de Detroit, Nueva York, Chicago y otras ciudades del norte. ¿Qué pasa? ¿Mientras más se les da, más piden? James Reeb, religioso negro, muere apaleado en una manifestación en favor de los derechos civiles. Sus huesos destrozados son una de las razones por las que, un año después de aprobada la Ley del Derecho al Voto, en los estados del sur sólo hay 177.000 negros inscritos en el censo electoral, aunque tienen derecho a voto 2.700.000.

En 1966, Stokely Carmichael, nuevo presidente del Comité Coordinador de los Estudiantes No violentos (SNCC), organización nacida del movimiento pro derechos civiles, lanzó el eslogan que redefinió no sólo a la organización —que pasó a ser exclusivamente negra—, sino prácticamente a todo el movimiento nacionalista: el *Black Power*, Poder Negro, o ya no queremos la integración, sino la autodeterminación. Poder Negro, o ya no queremos un retorno al África, sino incidir en las decisiones que afectan a los negros aquí, en los Estados Unidos. Para Carmichael, los afronorteamericanos eran una colonia, sólo que

su metrópoli no estaba allende los mares, sino junto a sus derruidas casas. La liberación llegaría, entonces, por medio de la unidad y la acción. Que ahí donde los negros sean mayoría, tengan el poder, y ahí donde carezcan de ella, se creen bases de poder para ser justamente representados. Y ¿por qué no querían la integración? Pues porque no creían en ella. Ésta dejaba en suspenso el problema de la pobreza. La integración sólo era posible para los afortunados de la escasa clase media y alta negra, aquella que, para Carmichael, "se aleja de sus hermanos con la rapidez que le permite su nuevo coche deportivo."

El Black Power fue el producto previsible de diez años de integracionismo estéril. La igualdad legal ya existía, pero, de hecho, ser negro era vivir en guetos miserables—eran comunes los pactos entre propietarios para no vender o alquilar viviendas a negros en determinadas zonas, lo cual obligaba a su "reclusión" en ciertas áreas—en las que todo derecho se hundía en el sucio asfalto, en el paro, la delincuencia, la desesperación.

1967. Trece años después de la sentencia del Tribunal Supremo que ilegalizaba la segregación en la enseñanza, los niños negros del sur que acuden a escuelas desegregadas no pasan del 13%. En algunos condados, las autoridades se niegan a distribuir los alimentos donados por el gobierno federal a las familias pobres—casi un eufemismo de negros—, con el fin de hacerlos emigrar por hambre.

### Atracar a esos mamones

En abril de ese año, King es asesinado en Memphis: réquiem por el sueño inte-

gracionista. El partido de los Panteras Negras fue fundado en 1966 por Huey Newton y Bobby Seale, dos jóvenes universitarios, en Oakland, California.

Nunca habrían pasado de ser uno de los muchos grupos radicales de entonces de no ser por sus "patrullas de autodefensa urbana", una especie de guerrilla trasplantada de la Sierra Madre y con un Che negro, el propio Newton.

Los panteras sumaron la revolución socialista al nacionalismo negro. El anti-racismo, para ellos, no era posible si no iba unido a la destrucción del capitalismo, tanto en la comunidad negra como en la blanca. Para ellos, la comunidad afronorteamericana era la única capaz de liberar al mundo entero de la explotación, porque podía hacer estallar desde dentro al "monstruo norteamericano". Ése es su fin, el sabotaje a la máquina opresora. Un acoso sistemático a las fuerzas del orden y a las autoridades civiles, que prendiera la mecha de la revolución, ésa era su táctica.

No se andaban con cuentos. El enfrentamiento tenía que ser directo, casi barriobajero: "La única forma en que podemos hacerlo es coger el revólver y

asaltar a ese gobierno de hijos de puta, y decirle: aguantad firmes, mamones, esto es un atraco, venimos a buscar cuanto nos pertenece". Perseguidos, acusados y muchas veces encarcelados, el empuje de los panteras se perdió en los entresijos de interminables juicios. Y con ellos, la Revuelta Negra llegaba a su fin. De momento.

Ya estamos en otra década. Con Nixon en la presidencia y una crisis que se acerca al ritmo con que caen las bombas en Vietnam. Desde 1967, toda reforma racial y social se estancó. Las nuevas consignas son "la lucha contra la delincuencia y la decadencia moral". Norteamérica no tiene nada más que ofrecer a sus ciudadanos negros que el gueto sucio, las armas de la tienda de la esquina y el dinámico y floreciente negocio del crack.

Verano del 92, el South Central de Los Ángeles arde y a mí se me hinchan las venas: digo que la situación social del negro ha cambiado poco y que, aunque sé que la historia no se repite, pienso que la ira negra aún está ahí. Como una pantera que vuelve a levantar el lomo, preparada para dar el salto.



# El hombre que se volvió negro

por Toni Orti

Érase una vez un hombre blanco que vivía en la ciudad rodeado de negros. Al tropezar con ellos sus dientes crujían y sus ojos despavoridos huían al suelo. Su orgullo racial era de clase extra, aunque no por esta razón cultivaba la afectividad con su camada blanca, a la que trataba con seca educación.

Un buen día su sueño fue interrumpido por una urgencia animal que lo llevó al lavabo —sus necesidades primarias eran básicamente las mismas que las de los negros— y, sorprendido y horrorizado, descubrió que su piel reflejada en el espejo había tomado un insultante color carbón. Convencido de que se trataba de una pesadilla selvática retornó al lecho en busca de un sueño que le reconciliara con sus ideales. Pero, por la mañana, un grito sobrecogedor de su mujer le devolvió al gueto. De súbito, se había convertido en una aproximación a la obsidiana. Su esposa, cauta, procedió a rascarle con las uñas, primero despacio

y luego más fuerte, esperanzada con que la pigmentación encubriera puntual tizne u alcoholado de oferta. Pero fue inútil, se había convertido en un negro ciertamente muy sólido.

Ya nada fue igual. Su loca afición de retar al autobús que lo llevaba al trabajo a una carrera de dos paradas, en la que él siempre resultaba vencedor, fue objeto de los rigores de la ley. Él, que acostumbraba a vencer al bus con sus zapatillas de deporte, su maleta y su corbata, y que, inmune al griterío de los pasajeros en favor del vehículo, saboreaba su victoria sentándose en la marquesina con gesto de aburrida espera, fue víctima de la policía que, muy sagazmente, vislumbró delito —o provocación innecesaria— en la alocada carrera de un negro por el distrito 36. Atónito, recordó aquellos felices días en los que sus pies le llevaban en polvorosa a su trabajo bien remunerado, por delante de aquellos negros del autobús y de blancos

peor dotados para la épica callejera.

Su mujer, incapaz de superar la lacra, le abandonó, y sus antiguos amigos, solidarios, realizaron una generosa colecta para que abandonase el barrio, alentándole con amenazas y retirándole el saludo. En la compañía de seguros donde trabajaba, en cambio, su jefe acogió la mutación cromática con talante cosmopolita: todos sus vendedores eran blancos y ahora tenía la posibilidad de diversificar su producto hacia una raza diferente. Incluso hubo ocasión para que una compañera le embaucara para hacer el amor y satisfacer así su morbosidad hipodérmica. Incomprendido, el hombre aceptó su reencarnación azabache y se deshizo de su antigua vida. Recluido en soledad, rondó bares de negros e incluso habló con ellos. Volvió a reír y sus dientes, afirman los que le conocieron, parecieron más blancos. El negro con corazón blanco fue, desde aquel día, solamente un hombre confuso ■

